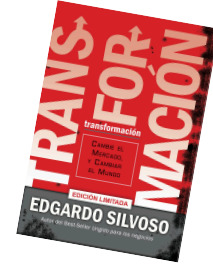




EVANGELISMO DE COSECHA presenta
La Escuela de Transformación
con Edgardo Silvano

LECTURA para Semana 1: *Dios Tiene Fe en Nosotros*

Capítulo 19 del libro **TRANSFORMACION** por Edgardo Silvano
Usado con permiso del autor



“Ensilla,” dijo mi abuelo, ceño fruncido, con la mirada fija en las pasturas al este de la propiedad. “¡Ensilla y ve a buscarlas!” Estaba observando fijamente un grupo de vacas que habían escapado de su corral durante la noche y se estaban haciendo la fiesta de sus vidas, comiendo lo que no se suponía que comieran.

Esta manada era conocida por su tendencia a meterse en problemas, razón por la cual se las encerraba siempre por las noches. Eran dirigidas por un joven toro que, de haber nacido humano, seguro hubiera llevado a cabo una exitosa revolución en algún país sudamericano. Tenía una capacidad extraordinaria de liderazgo, junto con un agudo sentido de la oportunidad para encontrar maneras de salirse con la suya. Hiciera lo que hiciera, los demás animales lo seguían incondicionalmente.

Reunirlos a todos en el corral no iba a ser fácil. Nunca lo era. A lo largo de los veranos en los que pasaba con mi abuelo, lo había ayudado en varias oportunidades y siempre era un desafío llegar a buen fin. Ahora, el problema de esa mañana era que me había pedido que vaya a reunir los animales *¡sólo con mi alma!*

No podía creer lo que había oído. ¿El “viejo” creía que un niño de apenas 8 años como yo podía hacerlo? Una parte de mí estaba casi aterrorizada de la posibilidad de enfrentar a ese astuto toro y su banda de “ilegales”, que habían irrumpido rompiendo la cerca. Pero otra parte de mí sentía una excitante dosis de orgullo, al saber que mi abuelo creía que yo era capaz de hacerlo.

Mi abuelo no era el tipo de hombre demostrativo. Había nacido a finales del siglo diecinueve y era parte de una generación que más que decir “te quiero,” demostraba su amor trabajando duro para proveer de techo y comida para todos. Era también un hombre de muy pocas palabras. Los músculos de su cara no agregaban mucho a sus palabras, tampoco. Pero sus ojos sí lo hacían. El no alzaba la voz, pero con sus ojos añadía el énfasis necesario a lo que estaba diciendo. Y esa mañana había un destello de “algo” en sus ojos azules. Yo sentí que era confianza. Me estaba transmitiendo, “*tu puedes hacerlo. Yo creo en ti. Ahora, ve y demuéstreme que estoy en lo cierto.*”

Ver ese destello en sus ojos era todo lo que yo necesitaba. Expresaban que mi abuelo creía en mí, y era todo lo que necesitaba para enfrentar la tarea que me había asignado. Además, no había forma de desafiar sus instrucciones. Había recibido una orden directa.

Corrí hasta el pequeño corral de atrás de la casa para ensillar a Manchado, mi caballo pinto, aquel que mi abuelo me diera un par de años antes como regalo de cumpleaños. Cuando monté y dirigí a Manchado hacia las pasturas donde el líder bovino rebelde y sus compañeros de armas estaban acampando, me sentí una combinación de El Zorro, Superman y el Capitán Maravilla, mis tres héroes de historieta. Estaba exultante por la fe que mi abuelo había mostrado en mí.

Por mí mismo jamás habría contado con la confianza de poder hacerlo, pero las palabras de mi abuelo, enmarcadas y acentuadas por el brillo de sus ojos, habían potenciado la poca fe que tenía, y allí iba yo, cabalgando hacia lo que nunca había hecho.

Sorprendentemente, todo fue bien. No fue fácil, pero luego de un tiempo tenía a la manada completa donde se suponía que debían estar. Cuando monté a Manchado de regreso a la casa, me sentí como un victorioso general Romano regresando de una campaña exitosa. Pero sabía muy bien que no me aguardaría ningún elogio de mi reservado abuelo. Era un hombre de pocas palabras, pero sus ojos . . . en ellos tendría que concentrarme.

Para cuando ya había desensillado a Manchado, el abuelo ya había enganchado otro caballo al carruaje, un vehículo que se utilizaba para distancias cortas. No hizo comentario alguno de mi triunfante expedición para reprimir la rebelión del vacuno, pero con un brillo en sus ojos dijo, “Vamos al pueblo.”

Una vez allí, fuimos a la cantina donde ordenó bebidas para ambos. Esto no era inusual. Lo había hecho con anterioridad. El normalmente pediría un vaso de vino para él y un vaso de granadina para mí. Pero lo que fue distinto esta vez fue *que* dijo y *cómo* lo dijo. En un tono más fuerte que lo normal, para que los demás lo escucharan, pronunció, “Lo de siempre, para mí y para mi socio.”

¡Me llamó su *socio* frente a sus amigos! Esa mañana, su demostración de fe en mí aumentó mi confianza en mí mismo, permitiéndome cumplir con una tarea que hasta ese momento creía totalmente fuera de mi alcance realizar. Lo que disparó esto fue *su* confianza *en mí*. Y ahora, públicamente, ¡me había presentado como su socio! ¡Increíble!

Cuando se trata de fe en Dios, generalmente nos zarandean sentimientos de que no damos con la talla porque equivocadamente basamos nuestra fe en *nuestra* capacidad de creer. Medimos la fe sobre cuánta fe en Dios *tenemos*. Y frecuentemente terminamos descorazonados porque fallamos en ver *cuanta fe Dios tiene en nosotros*. Rara vez pensamos en esa posibilidad. Sin embargo, la verdad es que Dios usa *Su* fe en nosotros para hacer que *nuestra* fe en El crezca. A través de la Biblia, libro tras libro, afirma elocuentemente cuan preciosos, santos y victoriosos somos. Estas afirmaciones nos rescatan cuando nos encontramos indignos, con sentimientos pecaminosos, de derrota. Leyendo cuan decididamente El espera que ganemos nos da el aliento necesario para seguir adelante y obtener la victoria.

Este tema está ilustrado de manera elocuente en la historia de Gedeón, en Jueces 6-8. Casi siempre cuando pensamos en este héroe del Antiguo Testamento, nos imaginamos un valiente e intrépido hombre que no conocía otra cosa que una sucesión sin fin de victorias. Sin embargo, Gedeón vivió en el tiempo de una trágica devastación nacional. Año tras año, cuando llegaba el tiempo de la cosecha y el pueblo de Dios estaba por deleitarse del fruto de su trabajo, sus enemigos los Madianitas descendían sobre la tierra como langostas, saqueando sus cosechas, pisoteando sus viñedos, diezmando sus animales y expoliando la tierra. Vinieron para devastar y subordinar a una nación, y lo hicieron con tal impunidad que llevó al pueblo de Dios a que se escondiera en cuevas de las montañas cercanas desde donde veían sin poder hacer nada cómo el fruto de su trabajo era saqueado.

En una de esas ocasiones Gedeón estaba escondiendo trigo dentro de una prensa de vino antes de partir a esconderse en una cueva. Gedeón no planeó pelear, ni siquiera resistir pasivamente a los invasores. Abrumado por el miedo, estaba escondiendo algo de grano para tener con qué plantar una nueva cosecha que seguramente sus enemigos volverían a robar al año siguiente. No era un cuadro esperanzador.

Es en ese momento que un ángel lo visita y declara, “El SEÑOR está contigo, valiente guerrero” (Jueces 6:12, LBLA). Este era un saludo extraño dado que no condecía con los hechos que estaban a la vista. Gedeón ciertamente no era un guerrero; era un civil que huía buscando

refugio. Y bajo ninguna circunstancia podríamos considerarlo valiente. Al contrario, estaba destrozado por dentro y desprovisto de esperanza alguna. Sin embargo, este era el ángel del Señor hablando, así que no podemos dudar de su credibilidad e integridad al entregar un mensaje como éste de Dios, que sabemos que no puede mentir. ¿Cómo puede entonces esta declaración, tan alejada de la realidad, ser verdad? La razón por la que Gedeón puede ser verdaderamente llamado un valiente guerrero es porque *Dios tiene una mejor opinión de nosotros que la que tenemos de nosotros mismos*.

La opinión de Dios sobre nosotros, como la de mi abuelo, está determinada por victorias que aún están en el futuro, mientras que nuestra valoración de nuestras propias capacidades (o la falta de ellas) está formada por errores de nuestro pasado y por aquello que *no* hicimos. Dios *vio a Gedeón como el general que iba a ser*, y no como el temeroso joven que se humillaba en la cuba de vino.

Como el Israel de esos días, muchos Cristianos hoy se vuelven prisioneros en cuevas de resignación y miedo. Ellos han trabajado duro construyendo una casa, un matrimonio, una carrera, una relación, una familia, y cuando están listos para deleitarse del fruto de su trabajo, golpea la tragedia, probablemente no una, sino muchas veces. Como Gedeón, han caído en un ciclo de derrota, subidos a una calesita de fracasos hasta que la esperanza se desvanece y la fe se descarta como una opción.

Dios tiene una tremenda fe en nosotros porque El ve de lo que somos capaces, y, a tal efecto, está dispuesto y ansioso por invertir en nosotros.

Si este es su caso, tiene que tomar una decisión: ¿Qué reporte va a creer, el de Dios o el del enemigo? Dios tiene una tremenda fe en nosotros porque El ve de lo que somos capaces, y, a tal efecto, está dispuesto y ansioso por invertir en nosotros. Recuerde, el enemigo de la fe no es la incredulidad; es la memoria, porque las memorias negativas nos atan al pasado, mientras que la fe revela las cosas positivas que todavía van a ocurrir. Para citar Hebreos 11:1, “Ahora bien, la fe es la certeza *de lo que se espera*, la convicción de *lo que no se ve*” (itálicas del autor).

Gedeón obviamente no estaba convencido de que Dios estaba con él, ni que fuera un valiente guerrero, dado que comenzó a discutir con el ángel de que si Dios estaba realmente con él, por qué no había visto milagros como aquellos de los que sus antepasados hablaban tanto.

¿Por qué? La gran pregunta. Es la que a Satanás le gusta disparar cuando estamos inmersos en una profunda crisis personal. Cuando nuestra fe en Dios comienza a decaer, él acelera la crisis con esa pregunta, sabiendo que Dios va a proveernos la respuesta, pero que nuestra debilitada fe no nos permitirá acceder a ella. Como resultado, somos llevados a una mayor derrota y desesperanza.

Cuanto más nos aferramos a esta pregunta, más propensos estamos a dudar del poder de Dios y de la realidad de milagros, que son precisamente lo que necesitamos para poder salir de nuestro aprieto. Lo mismo sucedió con Gedeón (ver Jueces 6:13).

Es muy revelador que en este punto Dios mismo reemplazó al ángel en la escena. Entendemos que el “ángel del Señor” en el Antiguo Testamento es una referencia al pre-encarnado Cristo, por lo que sabemos que la voz que se escucha a continuación es de Dios. Puedo imaginarme a Dios diciendo, “Este es un caso difícil que requiere de Mi atención personal.” Entonces, ignorando la pregunta del “por qué”, que no hubiera llevado a ningún lugar, y como el tiempo apremiaba, Dios procedió a darle una orden directa –ilógica, improbable y sin explicación: “Ve con esta tu fuerza, y libra a Israel de la mano de los madianitas” (Jueces

6:14). Digo “improbable” porque a Gedeón difícilmente le quedaba fuerza alguna, y si la poca fuerza que tenía no era suficiente para salvarse él mismo, mucho menos salvaría a una nación.

Pero hay un poderoso principio en acción aquí. En esencia, Dios le estaba diciendo a Gedeón, “Deja de pensar en la supervivencia personal y créeme en algo que te salvará a ti y a todo a tu alrededor.”

Si seguimos enfocados en la simple supervivencia, luchando para conseguir soluciones bienintencionadas (aunque temporales) para el corto plazo, entonces nunca cumpliremos con nuestro destino. Salvar una industria, una ciudad o una nación requiere una total dependencia de Dios y el libre acceso a nuevas ideas, nuevo poder, nueva unción. Necesitamos creer el informe del Señor en lugar de aquel informe que es la suma de todos nuestros miedos y dudas.

Una Ilustración Personal

En 1980, luego de una semana de exámenes médicos, me senté con mi doctor para escuchar que tenía un máximo de dos años de vida. Una enfermedad neurológica se instaló cómodamente en mi cuerpo y la ciencia médica no tenía una cura para ella.

Recuerdo vívidamente cómo el caminó hacia un pizarrón (era 1980, y nos habíamos reunido en un hospital escuela) y dibujó primero una X para indicar dónde me encontraba, médicamente, ese día, y luego dibujó una línea que al principio era horizontal, pero luego de un corto recorrido caía abruptamente. En ese punto dijo, “Tarde o temprano, esto te sucederá.” El envión descendente hizo que la tiza golpeará el marco del pizarrón y se quebrara en dos partes. Una cayó al suelo y comenzó a rodar en dirección a mí, y la impactante, aleccionadora realidad del momento despertó mi mente. Pensé, “esta tiza representa mi vida hoy. Todavía estoy rodando pero pronto se detendrá.”

El pronóstico de mi doctor fue confirmado por otros especialistas y por la literatura que conseguí sobre mi enfermedad. Toda esta información se archivó en mi mente y se volvió un bastión en mi mente. Cada visita al doctor era un recuerdo de lo que me habían dicho: “Dos años, y contando.” Dos años es un tiempo espantosamente corto cuando tienes 35 años con una esposa y cuatro hijos de entre 2 y 11 años.

Cada pieza de información que había guardado en mi mente apuntaba a mi temprano deceso y comenzó a controlar mis pensamientos y acciones. Todo lo que escuchaba eran “hechos médicos” que reemplazaban cualquier intervención divina. Ese era el caso hasta que descubrí el poder de la intercesión. Como cuento en mi libro *Que ninguno perezca*, tomé la decisión de apartar tres días para buscar a Dios y preguntar no de mi pasado, sino de mi futuro. Mi pregunta a Dios era directa y simple, “¿Es esta enfermedad para vida o para muerte?”¹

Por casi tres días completos intercedí, suplicando a Dios y buscando Su rostro. Luego de que pasaran 2 días, 23 horas y 45 minutos de nada más que silencio divino, y con sólo 15 minutos para terminar, le dije a Dios, “He disfrutado de tu presencia y estoy agradecido por el privilegio de haber podido traer a colación este tema. Me someto a tu voluntad. Si tu silencio es la respuesta, por mucho que me desagrada, lo acepto. Pero, con todo respeto, permíteme decir que hubiera sido agradable para mí escucharte, incluso si hubiera sido para confirmar lo que los doctores ya me dijeron.”

Me estaba dirigiendo a nuestro centro de retiros en San Nicolás, Argentina. Faltando sólo algunos minutos antes de que venciera el tiempo que me había auto-impuesto, y a menos de un kilómetro antes de que me resignara a lo que mi memoria me había estado diciendo todo el

¹ Paráfrasis del texto donde Jesús les dice a las hermanas de Lázaro, “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de

tiempo, de repente la presencia de Dios invadió el automóvil. Era tan poderoso que se hizo tangible. Lo podía sentir todo a mi alrededor. El automóvil se volvió una carroza de fuego y, como si volara en las alas de los ángeles, llegué al centro de retiros. Una vez allí, Su Espíritu envolvió al mío y por el resto de la noche oré *con El*, con gemidos indecibles como enseña Romanos 8:26.

Cuando llegó el amanecer, mi cuerpo aún estaba enfermo, pero había recibido, *por fe*, una promesa de que Dios me habría de sanar. En lo natural no tenía asidero alguno al respecto, solamente una fe cruda y directa. Había llegado a una bifurcación en el camino. Si miraba hacia el pasado, moriría. Si miraba mi presente, también lo haría. Pero si miraba hacia el futuro, atravesando la siempre presente niebla de dudas que se alimenta de nuestra memoria con mi redescubierta fe, yo supe que había de vivir.

¡Y elegí *vivir!*

Por los siguientes seis meses, pasé por el infierno médico. Tuve que ser llevado a emergencias cuando mi conteo de células blancas cayó a un número extremadamente bajo. Estuve conectado por horas a máquinas dos veces por semana para limpiar mi sangre con un procedimiento llamado plasmaforesis. Mis días se medían de la inyección a la medicación y de allí a la inyección nuevamente. Pero cada día yo elegía mirar hacia el futuro –frecuentemente desde un profundo bache en el camino- para saludar a la distancia a la promesa de que viviría y no moriría. Fue una batalla pantagruélica entre la memoria y la fe. Y la fe ganó. Los 2 años que deberían haber terminado en muerte se han convertido en 27 años al día de la fecha, y fueron llenos de una vida muy excitante, totalmente enfocada en llevar transformación a ciudades y naciones.

Dirigiéndonos a la Victoria

Quiero decirte con gran confianza en Dios y con la seguridad que emana de Su Palabra que como me sucedió a mí tu verdadero destino te espera al final de un sendero guardado por amenazantes gigantes, y el miedo es uno de ellos. Debes recordar que *Dios tiene una muy positiva opinión de ti, y te ordena que pases del modo supervivencia al modo conquista*. ¡Toma firmemente la mano de tu Padre con llenura de fe! Permítele levantarte y guiarte a donde El te ha destinado que llegues. Mira más allá de las siniestras nubes de las crisis momentáneas de hoy día, para llevar la transformación duradera a tu esfera de influencia en el mercado, tal como El te lo mandara. El está allí para permitírtelo. El cree en *ti tal como creyó en el temeroso Gedeón* cuando le dijo que salvara la nación.

Luego, Dios instruyó a Gedeón para que vaya a la casa de su padre para derrumbar el altar de Baal y la imagen de Asera adyacente a él, y que usara las piedras del primero y la madera de la segunda para hacer un altar al Señor donde sacrificaría los novillos elegidos de su padre.

Gedeón nuevamente luchaba con el miedo ya que era el más joven de sus hermanos y su familia misma no era prominente en Israel. Su padre estaría más que enojado cuando descubriera que dos de sus novillos elegidos habían sido sacrificados. La economía de su familia podría haber sido puesta en peligro por esta acción. Y tan pronto como los ancianos de la ciudad hallaron que los altares habían sido derribados, hicieron las más severas demandas a su padre por castigo y restitución. Incluso el linchamiento de Gedeón era altamente probable. Sin embargo, a pesar de sus miedos, Gedeón eligió obedecer. No tan osado todavía como para hacerlo durante el día, Jueces 6:27 nos relata que llevó a cabo su tarea bajo la cubierta de la oscuridad cuando nadie estaba mirando. Pero lo hizo.

La mañana siguiente, cuando los ancianos hallaron que los altares no estaban, no perdieron tiempo para encontrar que fue obra de Gedeón, y así increparon a su padre. Todos los temores

de Gedeón se volvieron realidad. Más aún, sabía que el humilde rango de su familia no tendría posibilidad contra las furiosas demandas de los prominentes ancianos de la ciudad.

Dios tiene una muy positiva opinión de ti, y te ordena que cambies del modo supervivencia al modo conquista.

Pero nuevamente en contra de todas las expectativas, el padre de Gedeón lo apoyó y les dijo a los ancianos, remedándolos, que si Baal tenía algún problema con lo que su hijo había hecho, que Baal mismo se defendiera. De hecho, su padre estaba tan orgulloso de las acciones de Gedeón que le cambió su nombre por Jerubaal, que significa, “que Baal contienda contra él.” En otras palabras, él estaba diciendo, “Mi hijo puede derribar a Baal. Ahora, Baal, si es quien dice ser, tiene que levantarse y defenderse del Dios al que mi hijo sirve” (ver Jueces 6:28-32).

¿Por qué un quiebre tan dramático en la vida de Gedeón? Encontramos la respuesta en el segundo principio: No sólo Dios tiene una mejor opinión de ti que la que tú tienes de ti mismo, sino que también cuando accedes a cambiar del modo supervivencia al modo vencedor, *El logrará que tu familia y los ancianos desarrollen una mejor opinión de ti de lo que crees posible.*

Hoy día, demasiados creyentes son coaccionados en su fe por lo que los demás piensen de ellos *o por lo que los demás puedan pensar o hacer.* El recuerdo de errores pasados ha erigido altares de impotencia en las colinas que rodean el valle de la desesperanza, donde llevan a cabo su batalla espiritual. Cuando tratan de alzar sus ojos al Señor, su mirada es bloqueada por esas colinas, marcadas con incontables recuerdos de viejas derrotas. Y lo que hace a esos santuarios tan formidables es que fueron construidos por los ancianos, lo que significa que derribarlos logrará lo que ellos mismos no pudieron hacer: en esencia, temer a Dios más que a los hombres.

Derribar las Fortalezas

En su libro *God Out of the Box (Dios Fuera de la Caja)*, Chuck Ripka, el banquero que es una de las personas clave en la transformación de Elk River, Minnesota, creció en un hogar disfuncional devastado por el alcohol que consumían sus padres, y la miseria que trajo por sobre sus hijos.² Las peleas entre su padre y su madre debían ser detenidas por Chuck y sus hermanos. Los insultos y el abuso eran moneda corriente. El no estudió más allá de la secundaria. Su esposa adolescente ya estaba en el cuarto mes de embarazo cuando se casaron. El no tenía un oficio o una carrera.

Como un hombre joven, cuando miró a su alrededor, todo estaba salpicado con monumentos a las derrotas familiares, algunas pequeñas, algunas inmensas. Pero Chuck y Kathi conocieron a Jesús y decidieron poner su mirada más allá de esas colinas, y recibieron la fortaleza para destruir esos altares, incluso cuando el hacerlo implicaba un abierto desafío a las creencias familiares.

Hoy día, Chuck y Kathi tienen un matrimonio amoroso, preciosos hijos, y una casa que es un refugio de paz para amigos y extraños. Además, Chuck es el fundador y presidente de un banco internacional que invierte el 51% de sus ganancias en transformar naciones. Su testimonio y sus acciones han tocado e impactado presidentes, Generales, Gerentes, Directivos y miríadas de gente común. Pero nada de ello hubiera ocurrido si Chuck y Kathi no se hubieran animado a derribar maldiciones ancestrales.

² Chuck Ripka y James Lund, *God Out of the Box* (Lake Mary, FL: Charisma House, 2007).

Si está luchando con altares similares de derrotas ancestrales, es tiempo de elegir obedecer a Dios. Incluso si por temor debe hacerlo durante la noche, por así decir, hágalo. Derríbelos, especialmente aquellas derrotas ancestrales que perpetúan el fracaso al ponerle techo a lo que *Dios puede hacer*. Rechace la noción de que no se puede realizar porque no ha sido hecho todavía. ¡Créale a Dios, no al pasado!

Imagine la impresión que un tímido Gedeón habrá logrado en su padre con esta súbita pero calculada demostración de coraje divino que desmanteló toda ancla espiritual que la familia tenía, y con un resultado increíble. Debe obedecer la palabra del Señor y atravesar este desafiante umbral que está siempre enmarcado por el miedo de un lado y la fe del otro, y decirle a todos en tu círculo que has elegido estar en el lado de la fe *porque Dios así lo dijo, incluso aunque en lo natural parezca imposible*. Le sorprenderán los resultados inesperados una vez que derribe esos altares porque es imposible desarrollar la fe mientras se vive en las sombras del fracaso.

Cuando a Francis Oda le fuera requerido de repente y de manera imprevista por el presidente de Tahití que encontrara la solución que había eludido a 13 ingenieros franceses que habían trabajado en ello por más de seis meses, Francis sabía que necesitaba ver más allá de esas sombras –y rápidamente, ya que sólo tenía unas pocas horas antes de que tuviera que ir a la residencia presidencial para cenar.

El no acudió a los ingenieros franceses –ellos ya habían fallado. El no preguntó a ningún “pensador de imposibles”. En lugar de ello, aceptó la tarea y miró a Dios. Ese era el momento decisivo. Sin decir palabra, hablaron sus acciones, y en la aceptación del desafío declaró, “Mi Dios proveerá la respuesta.” Dios ama esa fe infantil y se deleita en otorgar respuestas extraordinarias a aquellos que se atreven a rezar oraciones extraordinarias. La sabia decisión de Francis resultó en la salvación del presidente y de miembros clave de su familia y su círculo íntimo, porque su obediencia tumbó los altares paganos que hasta entonces los habían cegado de la luz del evangelio.

Una vez que la autoestima de Gedeón y la opinión de su familia y sus pares fuera modificada para reflejar la perspectiva de Dios, Dios le instruyó para que fuera al campamento enemigo y que le fuera mostrado cómo la victoria sobre los madianitas sería lograda. Como era de esperar, este miedoso-a-ser-transformado-en-valiente quedó perplejo, y para animarlo, Dios le hace otra incomprensible y hasta cómica propuesta a Gedeón en Jueces 7:10: Si Gedeón tenía temor de hacerlo por sí mismo, ¿podría llevar a su sirviente Fura con él! Esta sugerencia viene como un toque de humor divino ya que los enemigos de Gedeón se contaban por millares -135.000 soldados para ser exactos, más su séquito. ¿Qué diferencia habría para Gedeón ir solo o con una persona más?

Todo lo que sabemos es que Gedeón decidió ejercer la opción ofrecida por Dios y llevó a Fura con él. Al llegar al campamento en la negrura de la noche, Gedeón tomó conocimiento de una conversación que se desarrollaba en las tiendas. Un soldado Madianita estaba relatando un sueño extraño donde había visto un pan de cebada que iba rodando hacia el campamento, donde lo atravesó y tumbó la carpa principal. Su compañero inmediatamente proveyó una interpretación que estoy seguro sorprendió a Gedeón más que a cualquier otro: “Esto no es otra cosa que la espada de Gedeón . . . Dios ha entregado en su mano a Madián y a todo el campamento” (Jueces 7:13). Y esto es exactamente lo que sucedió al poco tiempo.

Esto revela el tercer principio: No sólo Dios tiene una opinión de ti mejor que la tuya propia, y no sólo El hará que tus ancianos, familia y amigos piensen mejor de ti de lo que crees posible, sino que *¡Dios hará que también tus enemigos tengan una mejor opinión de ti!* Pero para que esto suceda, necesitas ir al campamento enemigo. Es allí donde este tipo de revelación divina

usualmente es concedida. Cuanto más te alejes de la bodega, más fuerte será la interacción de Dios contigo; y cuanto mayor sea tu interacción con El, más fuerte se hará tu fe.

Es interesante notar que el mismo espíritu temeroso que neutralizó a Gedeón al principio es el mismo espíritu temeroso que tomó al ejército Madianita *una vez que Gedeón reemplazó al temor con fe obediente*. Ciento veinte mil soldados se masacraron mutuamente esa noche bajo la luz de 300 lámparas y el estridente ruido de 300 trompetas atronadoras. Los 15.000 que sobrevivieron corrieron por sus vidas, pero la corrida fue breve y su desaparición fue rápida. Esta fue una victoria impredecible desde cualquier estándar humano, pero el estándar humano nunca es la orden del día con Dios.

Dios ha decretado ya la victoria para aquellos que llevan a cabo sus tareas asignadas, incluso si como a Gedeón les tiemblan las rodillas. En tanto obedezcan y avancen, Dios va a entregar la victoria prometida porque El *ya le dijo a tus enemigos que los vencerás*. Jesús declaró que las puertas del Hades no prevalecerán en contra nuestra. Esto es un regalo. Pero para que lo veamos suceder, debemos abandonar la pseudo-protección de la bodega y luchar por nuestro destino, para la transformación de nuestra nación. Debemos dejar de mirar hacia abajo y en su lugar levantar nuestros ojos a Aquel que hizo los cielos y la tierra.

Memoria versus Fe

El punto culminante que no debemos perder de vista en la historia de Gedeón es este: El enemigo de la fe no es la incredulidad; es la memoria, porque la memoria es el registro de lo que ya sucedió, mientras que la fe es la revelación de lo que va a suceder. Incluso los buenos recuerdos pueden ser malos si nos alejan de creerle a Dios para mejor, y nos tientan con contentarnos con lo bueno conocido en lugar de lo mejor por conocer.

La fe de Gedeón estaba limitada por el barullo creado por los recuerdos negativos que hacían eco en los corredores del tiempo. Su memoria, al emboscar a su fe, lo hizo esclavo de sus circunstancias.

¿Cómo podemos salir de estos valles de desesperanza? Es muy simple: Escucha a Dios decirte, “¡ensilla y ve a buscarlas!” Cree que El tiene una mejor opinión de ti que la que tú tienes de ti mismo, porque El sabe de qué eres capaz y ¡El sabe de las victorias que están guardadas para ti!

Permítele que Su fe *en ti* energice la poca fe que tú tienes *en El* y saldrás de la bodega hacia tu destino. Dios ve las naciones en las garras del maligno, haciendo lo que no se supone que deban hacer y siendo guiados por un hábil y maligno “toro,” y El te dice, “¡ve a buscarlas!”

El cree que puedes hacerlo. Debes creerlo también. Es por eso que te digo en el nombre de Jesús: “Valiente guerrero, ¡levántate y ensilla, porque el Señor cree en ti!”



Transformación esta en venta por medio de la Librería de Evangelismo de Cosecha. \$100 ARS.

Para conseguir tu copia, escriba a Librería@edcargentina.com.